

uso de sustancias que promueven el sudor y la orina, las emisiones sanguíneas, los sedales y cauterios, dando siempre la preferencia á los irritantes del tubo digestivo, que tienen la cualidad de provocar vómitos ó determinar cámaras, habiendo condecorado á estos últimos con los nombres de aperitivos y disolventes (1).

Este método derivativo trae á su lado otro con el que tiene gran afinidad, y consiste en la aplicación de estimulantes antagonistas, así como los tegidos de lana sobre la piel, los pediluvios, los nauseabundos, los tormentos del hambre impuestos al estómago, y todos los medios que escitan dolor, inflamación y supuración de las partes donde se aplican, como los sinapismos, los vegigatorios, el torbisco, los sedales, cauterio, moxas, hierro candente, acupuntura, etc. Con esto se cree también seguir las miras de la naturaleza, que abandonada á sí misma, quiere desembarazarse de la enfermedad dinámica por medio de dolores en partes distantes de la enferma, por metastasis, abcesos, erupciones cutáneas ó úlceras en supuración, cuyos esfuerzos bajo este concepto son todos inútiles cuando se trata de una enfermedad crónica.

Lo que ha hecho producir estos métodos indirectos de la antigua escuela, lo mismo el derivativo que el antagonista, no ha sido un razonamiento lógico, sino una imitación rutinaria, que la ha conducido á procedimientos ineficaces, debilitantes

Pero en las enfermedades muy agudas y en las crónicas, que forman la inmensa mayoría de aquellas á que el hombre está sujeto, este recurso falta, tanto á la naturaleza medicatriz como á la escuela antigua; aquí, los esfuerzos espontáneos de la fuerza vital y los procedimientos imitadores de la alopata son impotentes para conseguir la revolución; y cuando mas, puede alcanzarse una tregua de corta duración, durante la cual el enemigo reúne sus fuerzas, para tarde ó temprano reaparecer mas temible que nunca.

(1) Esta espresion anuncia que se suponía también la presencia de una materia morbífica para disolver y expulsar.

y altamente perniciosos; pero que se puede muy bien aparentar con ellos que se amortiguan ó desvian las enfermedades, aunque sustituyendo en realidad á la enfermedad antigua, otra nueva, mas peligrosa. Y á semejante resultado, ¿puede con fundamento darse el nombre de curación?

◀ Concretándose á imitar la marcha de la naturaleza en los esfuerzos que esta hace, y que son seguidos de un resultado bastante mediano (1) en las enfermedades agudas poco extensas, no se hace mas que imitar á la fuerza vital conservatriz, abandonada á sí misma, que fundada únicamente en las

(1) La medicina ordinaria considera los medios que la naturaleza emplea para rehacerse, en aquellos enfermos que no hacen uso de medicamento alguno, como modelos perfectos, dignos de imitar. Los miserables y estremadamente incompletos esfuerzos que la fuerza vital hace para auxiliarse á sí misma en las enfermedades agudas, son un espectáculo que debe escitar al hombre á no contentarse con una estéril compasión, y á desplegar todos los recursos de su inteligencia, para conseguir una curación radical, poniendo término á estos tormentos que la naturaleza se impone á sí misma. Si la fuerza vital no puede curar homeopáticamente una enfermedad ya existente en el organismo, produciendo otra enfermedad nueva y semejante á esta (§. 43-46), lo que en efecto es muy raro que esté en su poder (§. 59); y si el organismo, privado de todos los socorros exteriores, está por sí solo encargado de triunfar de una enfermedad que acaba de aparecer (su resistencia es del todo impotente en las afecciones crónicas), no vemos mas que esfuerzos dolorosos, y muchas veces peligrosos, para salvarse; esfuerzos que no es raro vayan sucedidos de la muerte.

No sabiendo lo que pasa en la economía del hombre sano, con menos razón podremos ver lo que sucede cuando la vida está alterada. Las alteraciones que se verifican en las enfermedades, no se anuncian sino por los cambios perceptibles, por los síntomas, único medio por el que nuestro organismo puede espresar las alteraciones sobrevenidas en su interior; de suerte, que en cada caso dado, ni siquiera sabemos cuáles son, entre los síntomas, los debidos á la acción primitiva de la enfermedad, y los que derivan de las reacciones, por medio de las cuales la fuerza vital procura evitar el peligro. Unos y otros se confunden entre sí á nuestra vista, y no nos ofrecen sino una imagen reflejada al exterior de todo el mal interior, puesto que los esfuerzos infructuosos, por los cuales, la vida, abandonada á sí misma, trata de hacer cesar la enfermedad, son también sufrimientos del organismo entero. Hé aquí por qué las evacuaciones que la na-

leyes que rigen el organismo, no obra sino en virtud de estas leyes, sin razonar ni reflexionar sus actos. Conduciéndose así, se ha imitado, es cierto, á la naturaleza; ¿pero qué es la naturaleza por sí sola, sin la mano inteligente del cirujano, para reunir los labios separados de una herida, y aproximarlos por primera intencion? ¿Qué, en una fractura, por mas materia ósea que acumule, para unir los dos extremos del hueso fracturado? La naturaleza, que no pudiendo ligar una arteria herida, deja morir completamente desangrado un hombre lleno de robustez y de vida; que ignora el modo de

turalidad ordinariamente promueve á la terminacion de las enfermedades, cuya invasion ha sido repentina, que es lo que se llama crisis, sirven mas bien de perjuicio que de alivio.

Lo que la fuerza vital hace en sus pretendidas crisis, y el modo como las realiza, son misterios para nosotros, del mismo modo que todos los actos interiores que se efectuan en la economía orgánica del hombre. Lo que sin embargo hay de cierto, es, que durante estos esfuerzos, hay mas ó menos partes que padecen y se encuentran sacrificadas para salvar lo restante. Estas operaciones de la fuerza vital, como que combaten una enfermedad aguda, segun las leyes de constitucion orgánica del cuerpo, y no segun las inspiraciones de un cálculo reflexivo, las mas veces no obran sino de un modo alopático. Con el objeto de desembarazar por una crisis los órganos primitivamente afectados, aumenta la actividad de los órganos secretorios, hácia los cuales deriva la afeccion de los primeros; sobrevienen vómitos, diarreas, flujos de orina, sudores, abscesos, etc., y la fuerza nerviosa, atacada dinámicamente, trata en cierto modo de descargarse por medio de productos materiales.

La naturaleza del hombre, abandonada á sí misma, no puede librarse de las enfermedades agudas sino por la destruccion y el sacrificio de una parte del organismo, y si á esto no se sigue la muerte, la armonía de la vida y de la salud no puede restablecerse sino de una manera lenta é incompleta.

La grande debilidad, el enflaquecimiento, etc., que los órganos que han estado espuestos á los ataques del mal, y aun el cuerpo entero, padecen, despues de una curacion espontánea, prueban muy exactamente lo que acaba de sentarse.

En una palabra, toda la marcha de las operaciones, por las cuales el organismo por sí solo trata de desembarazarse de las enfermedades que padece, no hace ver al observador mas que un tegido de sufrimientos, y nada le muestra que pueda ó que deba imitar, si quiere realmente ejercer el arte de curar.

colocar en su natural posicion la cabeza de un hueso dislocado por consecuencia de una luxacion, y que impide en muy poco tiempo que el cirujano pueda reducirlo, por causa de la inflamacion que determina en su alrededor; que para desembarazarse de un cuerpo extraño violentamente introducido en la córnea trasparente, destruye el ojo por supuracion; que en una hernia estrangulada, no sabe remover el obstáculo sino por la gangrena y la muerte; y que últimamente, en las enfermedades dinámicas, exaspera con frecuencia el mal por los cambios de forma que le imprime, ¿es digna de imitacion en estos y otros casos análogos? ¿Es suficiente por sí misma para obtener la curacion? Aun hay mas: esta fuerza vital no inteligente, está sufriendo siempre la presencia de los gérmenes de las mas graves, largas y dolorosas enfermedades que afligen al género humano tantos siglos há, la psora, la sífilis, la sícosis, sin hacer nada para desembarazarse de ellos. Lejos de esto, ni aun tiene el poder de moderar sus estragos, ni suspender ó neutralizar los terribles efectos de esas tres plagas miasmáticas, y los mira, por el contrario, impasible, ir destruyendo poco á poco la organizacion de los pobres enfermos, hasta que la muerte viene á poner término á sus crueles sufrimientos.

¿Cómo en un asunto de tanta importancia, como es la curacion, en una cosa que exige tanta meditacion, juicio y discernimiento, la antigua escuela, que pretende el título de racional, se ha determinado á tomar como modelo, guía y norma, á esta fuerza vital, imitando, sin reflexion ni criterio, los giros indirectos y revolucionarios que ejecuta en las enfermedades, cuando se ha concedido al hombre la razon, este don precioso de la Divinidad, para superar á la naturaleza, buscando los socorros que debe prestar á sus semejantes?

Cuando la escuela médica reinante, aplicando, como acostumbra, sus métodos antagonista y derivativo, que se apoyan

esclusivamente en la imitacion de los actos ejercidos por la fuerza vital, abandonada á sí misma, automática y desprovista de inteligencia, ataca la integridad de órganos sanos y los colma de dolores mas agudos que los que produce la enfermedad misma, contra la cual van aquellos dirigidos, ó los obliga, como frecuentemente sucede, á evacuaciones que agotan las fuerzas y los humores del enfermo; su objeto es, según dice, arrastrar la actividad morbífica que la naturaleza acumulaba en los órganos primitivamente afectados, quitando así, de una manera violenta, la enfermedad natural, pero produciendo otra mas fuerte, de distinta especie, en un órgano que hasta entonces habia estado libre: es decir, sirviéndose de medios indirectos que destruyen la resistencia, agotan las fuerzas, y las mas veces producen graves dolores (1).

Cuando estos indirectos y falsos ataques se dirigen á una enfermedad aguda, y por consiguiente de curso rápido, se transporta, es verdad, muchas veces el foco del mal á otros puntos distantes del que primitivamente ocupaba; pero no por eso se ha logrado la curacion. Y nada hay en este tratamiento revolucionario que se refiera de una manera directa é inmediata á

(1) La experiencia prueba diariamente la imperfeccion de este procedimiento para curar: muy pocas veces se efectúa así una curacion perfecta. ¿Podria uno lisonjearse de haber ganado una victoria, si en lugar de atacar á su enemigo cara á cara y con armas iguales, y terminar el combate por la muerte, se limitase á incendiar el pais que deja tras sí, á cortarle toda retirada, y á destruirlo todo en derredor suyo? Con tales medios se conseguiria irritar y acrecer el valor de su adversario, pero no se consigue el objeto deseado; el enemigo no está anonadado, aun existe, y cuando haya podido proveer otra vez sus almacenes, erguirá de nuevo la cabeza, mas temible que antes. Entre tanto el pobre pais, inocente en la cuestion, queda destruido de tal modo, que solo con el tiempo podrá recobrar su antiguo esplendor. Hé aquí lo que sucede á la alopatía en las enfermedades crónicas, cuando sin curar la enfermedad, arruina y destruye el organismo por ataques indirectos contra órganos inocentes, distantes del sitio del mal.

los órganos primitivamente enfermos, y que merezca con propiedad el título de curacion. Si se hubiesen evitado estos bruscos ataques, dirigidos á la vida del resto del organismo, se habria podido ver muy frecuentemente desvanecerse la enfermedad por sí sola de una manera mas rápida, dejando en pos de sí muchos menos padecimientos, y sin producir tan gran pérdida de fuerzas. Además, ni el procedimiento de la naturaleza abandonada á sus propias fuerzas, ni su imitacion alopática, pueden compararse con el tratamiento homeopático, dinámico y directo, que no atacando ni destruyendo las fuerzas del enfermo, le restituye la salud de un modo pronto, pacífico é inmediato.

Pero en la inmensa mayoría de las enfermedades, en las crónicas, estos tratamientos de la antigua escuela, perturbadores, debilitantes é indirectos, casi nunca producen beneficio alguno. Su efecto se reduce á suspender por muy pocos dias este ó el otro síntoma molesto, que reaparece despues, tan pronto como la naturaleza se acostumbra á la accion del estímulo aplicado en partes distantes del sitio del mal, y entonces la enfermedad se presenta doblemente enérgica, porque los dolores antagonistas, y las evacuaciones imprudentes, han disminuido la energia de la fuerza vital (1).

✕ Mientras que la mayor parte de los alópatas, imitando de una manera general los esfuerzos y movimientos críticos de la

(1) ¿Qué resultado favorable han tenido jamás estos cauterios tan comunmente empleados, esos moxas, esos sedales? Si en los primeros quince dias, mientras causan muchos dolores, parecen disminuir, por su antagonismo, la enfermedad crónica, mas tarde, cuando el cuerpo se ha habituado al dolor, no tienen otro efecto que debilitar al enfermo y abrir así un campo mas vasto á la afeccion crónica. ¿Sería posible que en el siglo XIX hubiese médicos que considerasen estos exutorios como sumideros, por los cuales se arroja la *materia peccante*? Casi estamos inclinados á creerlo así, en vista de la profusion con que se emplean!

naturaleza, abandonada á su propia y esclusiva energía, introducian en la práctica estas llamadas derivaciones, en las que ellos hacían las variaciones que les sugerian sus propias ideas; otros, proponiéndose á un objeto mas elevado, procuraban favorecer de todas maneras las tendencias de la fuerza vital, cuando esta indica que va á espeler la enfermedad por medio de evacuaciones y metastasis, y se dirigian á sostener y activar estas derivaciones y evacuaciones, porque siguiendo esta conducta, estaban persuadidos que merecian con razon el titulo de *ministros de la naturaleza*.

Como sucede con mucha frecuencia, que en las enfermedades crónicas, las evacuaciones que la naturaleza espontáneamente determina, producen alguna remision de ciertos síntomas dolorosos, la antigua escuela infirió de aquí la conveniencia de sostener, escitar, favorecer ó aumentar estas evacuaciones: pero no tuvo en cuenta que todas estas pretendidas crisis de la naturaleza abandonada á sí misma, tan solamente ofrecen un alivio paliativo demasiado fugaz, y que lejos de contribuir á la verdadera y radical curacion, agravan, por el contrario, el mal interior primitivo, y agotan las fuerzas del enfermo. Jamás se ha visto el restablecimiento completo y duradero de la salud por estos esfuerzos de la naturaleza: nunca estas evacuaciones escitadas espontáneamente por el organismo han curado radicalmente enfermedad crónica alguna (1). Por el contrario, en todos los casos de esta índole se ha observado que despues de un alivio insignificante, cuya duracion va siendo mas corta, segun que las evacuaciones se van repitiendo con mas frecuencia, se agrava de una manera muy ostensible y significativa, y los accesos se reproducen á mas cortas distancias, y cada vez de un modo mas alarmante, aunque ya se hagan continuas las

(1) Ni las evacuaciones producidas por el arte la han conseguido tampoco.

evacuaciones. Así, cuando la naturaleza, abandonada á sus propios recursos en las enfermedades crónicas, que comprometen la vida, no sabe ayudarse sino por la espresion de síntomas locales esternos, con el objeto de retirar el peligro de los órganos nobles é indispensables á la vida, trasladándolo por metastasis á los que no lo son tanto; estos esfuerzos de la fuerza vital, enérgica, pero sin inteligencia, sin reflexion, ni cálculo, ni criterio, jamás producen una curacion radical y completa: no son otra cosa, sino paliaciones y plazos cortos de suspension concedidos á la enfermedad interna, á espensas de una cantidad enorme de humores y de fuerza, sin que por esto haya perdido nada de su gravedad la enfermedad primitiva. Sin el auxilio de un tratamiento homeopático apropiado, podrá en algunos casos retardarse la terminacion; pero al fin, la muerte es inevitable.

No satisfecha la antigua escuela alopática con imitar exageradamente los esfuerzos de la naturaleza, abandonada á su propia energía, dábales además una interpretacion falsa y absurda. Figurándose que aquellos esfuerzos eran verdaderamente saludables, procuraba favorecerlos por todos los medios posibles, y aun aumentarlos exageradamente con la esperanza y laudable, pero erróneo objeto, de destruir radicalmente la enfermedad, y procurar una curacion completa. Cuando en una enfermedad crónica, la fuerza vital parecia que dominaba este ó el otro síntoma interior molesto por medio de un exantema húmedo, *el ministro de la naturaleza*, aplicaba un epispástico, ú otro exutorio cualquiera sobre la superficie en supuracion, para estraer por la piel una mas grande cantidad de humor, ayudando así á la naturaleza en la curacion, sacando por allí del cuerpo el principio morbífico. Pero cuando era muy antigua la existencia del herpes, el enfermo muy irritable, y la accion del estímulo aplicado demasiado violento, la afeccion esterna

aumentaba mucho, sin traer beneficio alguno á la primitiva enfermedad; se hacían los dolores mas violentos y las incomodidades mas constantes; se quitaba el sueño al enfermo, disminuían sus fuerzas y se determinaba, con bastante frecuencia, una erisipela de mal carácter, acompañada de calentura. Otras veces, cuando el remedio obraba mas suavemente sobre la afección local, y esta no era muy antigua, ejercía una especie de homeopatismo externo sobre el síntoma local que la naturaleza habia traído á la piel, para aliviar la enfermedad interna, reproducía esta última, de donde resultaba un peligro mayor, y esponía á la fuerza vital, por la supresion de este sistema local, á un nuevo y mas inminente riesgo en una parte mas noble y mas indispensable á la vida. Por esta causa se producían en sustitucion oftalmías rebeldes, sorderas, espasmos de estómago, convulsiones epilépticas, accesos de sofocacion, ataques de apoplejia, lesiones mentales, etc. (1).

Igual pretension de favorecer el impulso curativo del principio vital conducía *al ministro de la naturaleza*, cuando la enfermedad hacia afluir la sangre hácia las venas del recto ó del ano (hemorroides ciegas), á echar mano de las aplicaciones de sanguijuelas, ordinariamente en crecido número, para dar salida á la sangre por este sitio. La emision sanguínea, es cierto un alivio, tan pasajero las mas veces, que no debiera haberse fijado la atencion en él; pero en cambio, siempre traía consigo el aumento de la debilidad, y determinando una congestion, mas fuerte hacia la estremidad del tubo intestinal, sin rebajar por eso en nada la enfermedad primitiva.

Siguiendo el mismo rumbo, en casi todos los casos en que la fuerza vital enferma procuraba evacuar un poco de sangre

(1) Estas son las consecuencias naturales de la supresion de los síntomas locales de que se trata, consecuencias que el médico alopático mira muchas veces como enfermedades nuevas y del todo diferentes.

por vómito ó espectoracion, etc., con el objeto de retirar el peligro de una afección interna grave, coadyubaba enérgicamente estos pretendidos esfuerzos saludables de la naturaleza, y extraía sangre de las venas abundantemente; lo que no impedía que sobrevinieran graves accidentes, que si la naturaleza lograba rehacerse sobre ellos, siempre dejaban tras si una debilidad profunda.

Bajo el pretesto de secundar las miras de la naturaleza, cuando un enfermo padecía frecuentes náuseas, se le prodigaban sustancias capaces de escitar el vómito; lo que en vez de producir resultados satisfactorios, traía consecuencias peligrosas, serios accidentes y aun la muerte.

En algunas ocasiones, la fuerza vital produce engurgitaciones en las glándulas linfáticas, situadas exteriormente, con el objeto de acallar los gritos de la enfermedad interior. El *ministro de la naturaleza*, supone que sirve bien á su ídolo, procurando la supuracion de estos tumores, por medio de fricciones y aplicaciones estimulantes, é introduciendo luego el bisturí en el acceso ya maduro, para hacer salir *la materia peccante*. Pero la experiencia, un millon de veces repetida, nos ha demostrado las graves consecuencias, los interminables males que esta práctica abortiva produce.

Como los alópatas han podido observar muchas veces, que los sudores espontáneamente producidos, ó ciertas deposiciones naturales de materiales líquidos, aliviaban los padecimientos en algunos casos de enfermedades crónicas, se han creído obligados, siguiendo estas indicaciones de la naturaleza, á escitar en las mismas enfermedades el sudor y las evacuaciones, prescribiendo un tratamiento sudorífico completo y el uso continuado por muchos meses y aun años de lo que llaman laxantes suaves, con el fin de curar con seguridad y de una manera directa. Pero esta conducta tiene un resultado contra-